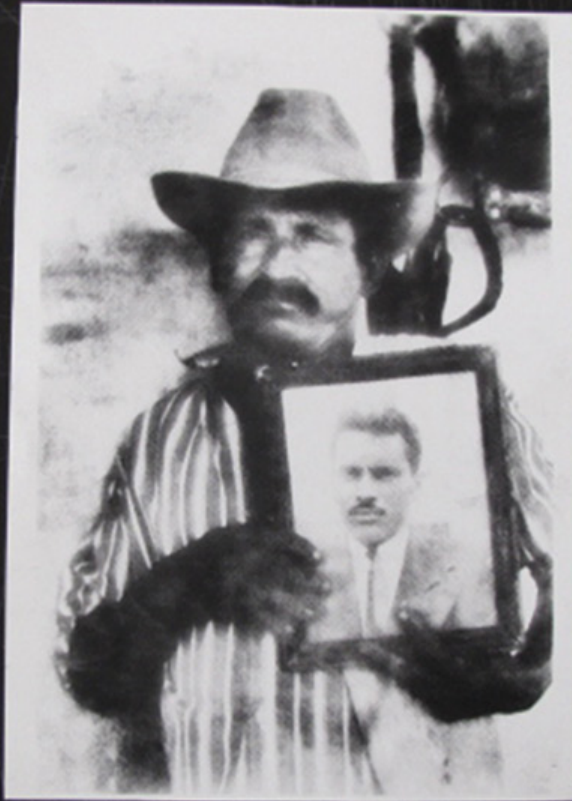


x. DOCUMENTOS Y TESTIMONIOS





© Óscar Muñoz. Archivo por contacto. Impresión digital de fotografías de archivo. 2008. Dimensiones variables.

DOCUMENTOS



Nunca más. Informe de la Comisión Nacional sobre la desaparición de personas (Argentina)*

Durante la década del 70 la Argentina fue convulsionada por un terror que provenía tanto desde la extrema derecha como de la extrema izquierda, fenómeno que ha ocurrido en muchos otros países. Así aconteció en Italia, que durante largos años debió sufrir la despiadada acción de las formaciones fascistas, de las Brigadas Rojas y de grupos similares. Pero esa nación no abandonó en ningún momento los principios del derecho para combatirlo, y lo hizo con absoluta eficacia, mediante los tribunales ordinarios, ofreciendo a los acusados todas las garantías de la defensa en juicio; y en ocasión del secuestro de Aldo Moro, cuando un miembro de los servicios de seguridad le propuso al General Della Chiesa torturar a un detenido que parecía saber mucho, le respondió con palabras memorables: “Italia puede permitirse perder a Aldo Moro. No, en cambio, implantar la tortura”.

No fue de esta manera en nuestro país: a los delitos de los terroristas, las Fuerzas Armadas respondieron con un terrorismo infinitamente peor que el combatido, porque desde el 24 de marzo de 1976 contaron con el poderío y la impunidad del Estado absoluto, secuestrando, torturando y asesinando a miles de seres humanos.

[...]

De este modo, en nombre de la seguridad nacional, miles y miles de seres humanos, generalmente jóvenes y hasta adolescentes, pasaron a integrar una categoría tétrica y fantasmal: la de los Desaparecidos. Palabra —itriste privilegio argentino!— que hoy se escribe en castellano en toda la prensa del mundo.

* Comisión Nacional sobre la Desaparición de personas (CONADEP), *Nunca más. Informe de la Comisión Nacional sobre la Desaparición de personas* (Buenos Aires: Eudeba, 1984), 7-11. Esta comisión fue creada en Argentina en 1983, y su presidente fue el escritor Ernesto Sábato.

Arrebatados por la fuerza, dejaron de tener presencia civil. ¿Quiénes exactamente los habían secuestrado? ¿Por qué? ¿Dónde estaban? No se tenía respuesta precisa a estos interrogantes: las autoridades no habían oído hablar de ellos, las cárceles no los tenían en sus celdas, la justicia los desconocía y los *habeas corpus* sólo tenían por contestación el silencio. En torno de ellos crecía un ominoso silencio. Nunca un secuestrador arrestado, jamás un lugar de detención clandestino individualizado, nunca la noticia de una sanción a los culpables de los delitos. Así transcurrían días, semanas, meses, años de incertidumbres y dolor de padres, madres e hijos, todos pendientes de rumores, debatiéndose entre desesperadas expectativas, de gestiones innumerables e inútiles, de ruegos a influyentes, a oficiales de alguna fuerza armada que alguien les recomendaba, a obispos y capellanes, a comisarios. La respuesta era siempre negativa.

En cuanto a la sociedad, iba arraigándose la idea de la desprotección, el oscuro temor de que cualquiera, por inocente que fuese, pudiese caer en aquella infinita caza de brujas, apoderándose de unos el miedo sobrecogedor y de otros una tendencia consciente o inconsciente a justificar el horror: “Por algo será”, se murmuraba en voz baja, como queriendo así propiciar a los terribles e inescrutables dioses, mirando como apestados a los hijos o padres del desaparecido. Sentimientos sin embargo vacilantes, porque se sabía de tantos que habían sido tragados por aquel abismo sin fondo sin ser culpable de nada; porque la lucha contra los “subversivos”, con la tendencia que tiene toda caza de brujas o de endemoniados, se había convertido en una represión demencialmente generalizada, porque el epíteto de subversivo tenía un alcance tan vasto como imprevisible. En el delirio semántico, encabezado por calificaciones como “marxismo-leninismo”, “apátridas”, “materialistas y ateos”, “enemigos de los valores occidentales y cristianos”, todo era posible: desde gente que propiciaba una revolución social hasta adolescentes sensibles que iban a villas-miseria para ayudar a sus moradores. Todos caían en la redada: dirigentes sindicales que luchaban por una simple mejora de salarios, muchachos que habían sido miembros de un centro estudiantil, periodistas que no eran adictos a la dictadura, psicólogos y sociólogos por pertenecer a profesiones sospechosas, jóvenes pacifistas, monjas y sacerdotes que habían llevado las enseñanzas de Cristo a barriadas miserables. Y amigos de cualquiera de ellos, y amigos de esos amigos, gente que había sido denunciada por venganza personal y por secuestrados bajo tortura. Todos, en su mayoría inocentes de terrorismo o siquiera de pertenecer a los cuadros combatientes de la guerrilla, porque éstos presentaban batalla y morían en el enfrentamiento o se suicidaban antes de entregarse, y pocos llegaban vivos a manos de los represores.

Desde el momento del secuestro, la víctima perdía todos los derechos; privada de toda comunicación con el mundo exterior, confinada en lugares desconocidos, sometida a suplicios infernales, ignorante de su destino mediato o inmediato, susceptible de ser

arrojada al río o al mar, con bloques de cemento en sus pies, o reducida a cenizas; seres que sin embargo no eran cosas, sino que conservaban atributos de la criatura humana: la sensibilidad para el tormento, la memoria de su madre o de su hijo o de su mujer, la infinita vergüenza por la violación en público; seres no sólo poseídos por esa infinita angustia y ese supremo pavor, sino, y quizás por eso mismo, guardando en algún rincón de su alma alguna descabellada esperanza.

[...]

Con tristeza, con dolor hemos cumplido la misión que nos encomendó en su momento el Presidente Constitucional de la República. Esa labor fue muy ardua, porque debimos recomponer un tenebroso rompecabezas, después de muchos años de producidos los hechos, cuando se han borrado deliberadamente todos los rastros, se ha quemado toda documentación y hasta se han demolido edificios. Hemos tenido que basarnos, pues, en las denuncias de los familiares, en las declaraciones de aquellos que pudieron salir del infierno y aun en los testimonios de represores que por oscuras motivaciones se acercaron a nosotros para decir lo que sabían.

En el curso de nuestras indagaciones fuimos insultados y amenazados por los que cometieron los crímenes, quienes lejos de arrepentirse, vuelven a repetir las consabidas razones de “la guerra sucia”, de la salvación de la patria y de sus valores occidentales y cristianos, valores que precisamente fueron arrastrados por ellos entre los muros sangrientos de los antros de represión. Y nos acusan de no propiciar la reconciliación nacional, de activar los odios y resentimientos, de impedir el olvido. Pero no es así: no estamos movidos por el resentimiento ni por el espíritu de venganza; sólo pedimos la verdad y la justicia, tal como por otra parte las han pedido las iglesias de distintas confesiones, entendiendo que no podrá haber reconciliación sino después del arrepentimiento de los culpables y de una justicia que se fundamente en la verdad.

[...]

Las grandes calamidades son siempre aleccionadoras, y sin duda el más terrible drama que en toda su historia sufrió la Nación durante el periodo que duró la dictadura militar iniciada en marzo de 1976 servirá para hacernos comprender que únicamente la democracia es capaz de preservar a un pueblo de semejante horror, que sólo ella puede mantener y salvar los sagrados y esenciales derechos de la criatura humana. Únicamente así podremos estar seguros de que NUNCA MÁS en nuestra patria se repetirán hechos que nos han hecho trágicamente famosos en el mundo civilizado.

¡BASTA YA! Colombia: Memorias de guerra y dignidad*

Colombia apenas comienza a esclarecer las dimensiones de su propia tragedia. Aunque sin duda la mayoría de nuestros compatriotas se sienten habitualmente interpelados por diferentes manifestaciones del conflicto armado, pocos tienen una conciencia clara de sus alcances, de sus impactos y de sus mecanismos de reproducción. Muchos quieren seguir viendo en la violencia actual una simple expresión delincinencial o de bandolerismo, y no una manifestación de problemas de fondo en la configuración de nuestro orden político y social.

El carácter invasivo de la violencia y su larga duración han actuado paradójicamente en detrimento del reconocimiento de las particularidades de sus actores y sus lógicas específicas, así como de sus víctimas. Su apremiante presencia ha llevado incluso a subestimar los problemas políticos y sociales que subyacen a su origen. Por eso a menudo la solución se piensa en términos simplistas del todo o nada, que se traducen o bien en la pretensión totalitaria de exterminar al adversario, o bien en la ilusión de acabar con la violencia sin cambiar nada en la sociedad.

[...]

Es indispensable desplegar una mirada que sobrepase la contemplación o el reconocimiento pasivo del sufrimiento de las víctimas y que lo comprenda como resultante de actores y procesos sociales y políticos también identificables, frente a los cuales es preciso reaccionar. Ante el dolor de los demás, la indignación es importante pero insuficiente. Reconocer, visibilizar, dignificar y humanizar a las víctimas son compromisos inherentes al derecho a la verdad y a la reparación, y al deber de memoria del Estado frente a ellas.

* Grupo de Memoria Histórica (GMH), ¡BASTA YA! Colombia: memorias de guerra y dignidad (Bogotá: Imprenta Nacional, 2013), 13-16.

[...]

Pocos dudarían hoy que el conflicto armado interno en Colombia desbordó en su dinámica el enfrentamiento entre los actores armados. Así lo pone de presente la altísima proporción de civiles afectados y, en general, el ostensible envilecimiento de las modalidades bélicas. De hecho, de manera progresiva, especialmente desde mediados de la década de los noventa, la población inerte fue predominantemente vinculada a los proyectos armados no por la vía del consentimiento o la adhesión social, sino por la de la coerción o la victimización, a tal punto que algunos analistas han definido esta dinámica como guerra contra la sociedad o guerra por población interpuesta.

La violencia contra la población civil en el conflicto armado interno se ha distinguido por la sucesión cotidiana de eventos de pequeña escala (asesinatos selectivos, desapariciones forzadas, masacres con menos de seis víctimas, secuestros, violencia sexual, minas antipersonal) dentro de una estrategia de guerra que deliberadamente apuesta por asegurar el control a nivel local, pero reduciendo la visibilidad de su accionar en el ámbito nacional. En efecto, los actores armados se valieron tanto de la dosificación de la violencia como de la dosificación de la sevicia, esta última en particular en el caso de los paramilitares como recurso para aterrorizar y someter a las poblaciones. Esta dinámica, que constituyó el grueso de la violencia vivida en las regiones, fue escasamente visible en el plano nacional, lo que muestra la eficacia del cálculo inicial de los perpetradores de eludir la responsabilidad de sus fechorías frente a la opinión pública y frente a la acción judicial.

[...]

La sociedad ha sido víctima pero también ha sido partícipe en la confrontación: la anuencia, el silencio, el respaldo y la indiferencia deben ser motivo de reflexión colectiva. No obstante, esta extensión de responsabilidades a la sociedad no supone la dilución en un “todos somos culpables” de las responsabilidades concretas y diferenciadas en el desencadenamiento y desarrollo del conflicto. La reconciliación o el reencuentro que todos anhelamos no se pueden fundar sobre la distorsión, el ocultamiento y el olvido, sino solo sobre el esclarecimiento. Se trata de un requerimiento político y ético que nos compete a todos.

Este informe no es una narrativa sobre un pasado remoto, sino sobre una realidad anclada en nuestro presente. Es un relato que se aparta explícitamente, por convicción y por mandato legal, de la idea de una memoria oficial del conflicto armado. Lejos de pretender erigirse en un corpus de verdades cerradas, quiere ser elemento de reflexión para un debate social y político abierto. El país está pendiente de construir una memoria

legítima, no consensuada, en la cual se incorporen explícitamente las diferencias, los contradictorios, sus posturas y sus responsabilidades y, además, se reconozca a las víctimas.

El informe es un momento, una voz, en la concurrida audiencia de los diálogos de memoria que se han venido realizando en las últimas décadas. Es el “¡Basta ya!” de una sociedad agobiada por su pasado, pero esperanzada en su porvenir.



PISAGUA. Como si hubieran muerto ayer (Chile)*

Los pétalos desteñidos de una flor de papel y un zapato viejo recocado por el sol, fueron la primera señal.

Como si desde las entrañas del desierto brotara un grito inacabado, la tierra parió dolorosamente los frutos extraños que durante dieciséis años conservó en su vientre.

Entregó veinte cuerpos de hombres que un día desaparecieron sin dejar huellas. Hombres que alguna vez caminaron sobre la tierra, conformaron hogares y tuvieron hijos, pero que la decisión de un poder hizo desaparecer, matar y sepultar.

El desierto reseco y salino los preservó para que un día, no importaba cuándo, estos despojos contaran la verdad.

El 2 de junio de 1990 surgió el llamado que como un alarido, habló de más de dos mil chilenos que a partir de 1973 se transformaron dramáticamente en detenidos desaparecidos o ejecutados y que hasta el día de hoy vagan como fantasmas en el recuerdo de los suyos y en la conciencia de todos.

En Pisagua, como ocurriera años antes en Lonquén y Yumbel, algunos de estos fantasmas regresaron a sus huesos y tornaron a ser seres humanos, y tuvieron un nombre, un rostro y fueron, una vez más, la prueba cierta de que los detenidos desaparecidos eran una terrible realidad.

Durante años se los negó, se los ocultó y se intentó por todos los medios que Chile entero caminara y viviera sobre la tapa de cristal de una enorme fosa anónima. Pero la tierra finalmente habló.

* Ruby Weitzel, *Tumbas de cristal. Libro testimonio de la Vicaría de la Solidaridad del Arzobispado de Santiago* (Santiago: Ediciones Chile América CESOC, 1991), 15-16.

Carta de Elsa Sánchez de Oesterheld*. Abuela de Plaza de Mayo**

Queridas amigas colombianas, hace un momento que llegué de un homenaje que nos han hecho a las Abuelas de Plaza de Mayo en la Argentina los nietos que hemos recuperado y que hoy son personas entre los veinticinco y treinta años. Todavía faltan muchos, pero cada uno que se encuentra es un nieto de todas, y aunque nuestro tiempo se acorta, no perdemos las esperanzas de recuperarlos. Somos pocas las que vivimos, pero tenemos esperanzas de que alguna semilla germine y consigamos dejar un referente válido para que algunos o muchos nos sigan. El homenaje fue muy emocionante, yo creía ver en todos los rincones las caras de mis hijas adoradas y las de todos los desaparecidos, porque ellos estaban ahí.

Les escribo esto porque ustedes me han pedido que les dirija unas palabras a esas mujeres y madres coraje que han sufrido con la violencia en Colombia. Me hago cargo de su situación porque la he vivido y eso no se olvida nunca. ¡Si lo sabré yo que sigo con mis ochenta y un años de vida en la lucha por saber la verdad sobre mis cuatro hijas, mi marido, mis dos yernos y mis dos nietos que estaban por nacer! Ojalá tuviera la posibilidad de transmitirles algo de mi experiencia a todas mis hermanas colombianas que no la están pasando nada bien, sólo sé lo que mi propia experiencia me dictó a fuerza de dolor y más dolor. No sé cómo hice, llevo dentro un caudal de vida que no sé de dónde viene, comprendí que mis hijas esperaban de mí algo más que el amoroso recuerdo, y para dejar la muerte a un lado tuve que aguantar. Al principio se mezclan el odio, el asco

* Durante los años de la dictadura militar en Argentina, fueron asesinados su marido Héctor Oesterheld, sus cuatro hijas Estela, Diana, Beatriz y Marina, que tenían entre 18 y 23 años, más dos yernos. No ha recuperado a dos de sus nietos.

** Mesa de trabajo “Mujer y conflicto armado”, *Memoria de mujeres. Guía para documentar y hacer visible el impacto de la violencia contra mujeres, jóvenes y niñas, en contextos de conflicto armado* (Bogotá: Ediciones Antropos, 2006), 10.

y la más terrible desesperanza. Después, te vas dando cuenta de que nada de eso sirve, te destruye las entrañas y te va invalidando como persona. Hasta que, poco a poco, te vas dando cuenta de que no puedes entregarte a la resignación, no debes hacerlo, por todos los seres queridos que tienes o has tenido. Esa palabra no la debes permitir en tu mundo interior o entonces quedarás sin fuerzas.

Creo que el sufrimiento despierta una fuerza incontenible capaz de poder responder a esos aniquiladores de vidas con la respuesta segura y firme de tu dignidad. Y tarde o temprano se dan cuenta de que tenemos algo que no podrán destruir ni haciendo desaparecer nuestros cuerpos, por el espíritu indestructible que generamos con el deseo de justicia que les transmitiremos a los que nos siguen.

Quizá todo esto les parecerá discursivo y poco alentador, pero cada una deberá encontrar dentro de sí misma la fuerza para poder sobrellevar su vida. Les ruego a todas que, por sobre todo lo que pase, no pueden ni deben rendirse a la no esperanza. Hay que continuar con esperanza en la búsqueda de la verdad. La verdad asoma más temprano que tarde y es la base del accionar de la justicia. Hay que saberlo todo, por mucho daño que haga, hay que hacer sacar la fuerza, vencer el miedo. Yo ya pasé todos los miedos; el miedo anula, y para vencerlo hay que enfrentarse con la verdad, allí es donde está la memoria real.

La memoria es historia vieja y futura, necesaria para exigir justicia, no sólo para nuestro alivio personal, sino para las generaciones que nos seguirán. La memoria pasiva no sirve, quedarnos en el recuerdo y en el dolor no se puede porque eso es muy triste. Pero sí la memoria activa, que es aquella que despierta tu sensibilidad con más fuerza que las armas más sofisticadas que poseen los canallas. Y ustedes, todas juntas, son esa memoria activa.

Sólo la solidaridad y la fuerza interior que podamos descubrir en nosotras mismas y la unión de todas para alentar a las que decaen les devolverá la esperanza y, ¿por qué no?, la felicidad de sentirse en paz consigo mismas, como me siento yo después de tantos años de lucha, a veces sin comprender por qué lo hacía.

Sólo se me ocurre pedirles que no bajen los brazos. Es muy difícil, pero es la única posibilidad de lograr que los pueblos se eduquen con el verdadero sentido del derecho para todos, del derecho a vivir como ciudadanos dignos, del derecho a lograr un país diferente donde todos tengan cabida. Esto es lo único que les puedo ofrecer para ayudarlas. Les abrazo a todas, mis colombianas queridas, y les mando el cariño profundo de esta vieja que todavía sueña en un mundo mejor. Hasta siempre.

Desde este sureño país argentino,

Elsa Sánchez de Oesterheld